

# *Arauco*

JUAN MANUEL ZURITA SOTO



EXODUS

℄

Editorial Comba



Ocho años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2022

Colección Narrativa

# *Arauco*

JUAN MANUEL ZURITA SOTO

EXODUS

*C*  
Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Foto de Kushal Gopal

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Juan Manuel Zurita Soto, 2022

© Editorial Comba, 2022  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

© Ediciones Exodus, 2022  
Ego de Kaska Foundation Inc.  
60 E 3RD ST APT 1001. Hialeah, FL, United States

ISBN: 978-84-124638-4-2

Depósito Legal: B-19.193-2022

*Arauco*

«Si quieres, vente a la casa. Estamos necesitando una mano con la ferretería», dijo y me ahorró la vergüenza. Quizás adivinó, tal vez mi madre le había insinuado algo. Era aquello lo que me venía dando vueltas desde hacía tiempo pero no me atrevía a pedir. Lo pensaba, volvía a pensarlo y surgía como lo más cierto. «Tienes más de cuarenta... tonto viejo y pidiendo ayuda a tus padres.» Desde que salí de la Universidad nunca me había visto en la urgencia de pedir auxilio. «Saben, necesito que me echen una mano, ¿me prestan plata?» Descartado. Jamás. Me daba miedo llamar a la casa, imposible engañarlos. Postergar aquella conversación era lo que venía haciendo hace semanas. Por lo mismo, qué alivio cuando la propuesta vino de parte de ellos: «Gracias, papá.» Lo habré dicho, mínimo, cuatro o cinco veces antes de cortar. También, más por un gesto de orgullo que por otra cosa, pedí que me dieran unos días para pensarlo.

Hacía más de veinte años que dejé la casa de mis padres para ir a estudiar a Santiago. Desde entonces

más de seiscientos kilómetros comenzaron a separarme de Arauco, aunque, mentalmente, me había ido mucho antes. Lo venía anhelando desde adolescente, quizás ya con trece o catorce años, puede incluso que antes. Mi meta era salir de allí. Esperaba entrar en la Universidad con ansia, más por dejar Arauco que por vocación profesional. Elegí periodismo con más prisa que acierto. Y tuvieron que pasar varios años para darme cuenta de ello.

Desde el noventa y siete, cuando partí, nunca dejé de viajar a Arauco para ver a mi familia, pero con el paso de los años lo hice con una frecuencia cada vez menor. En la época de estudiante podía pasarme el verano entero en mi pueblo, aunque, ya trabajando, mis visitas se limitaban a celebraciones importantes como las fiestas de fin de año, que eran sagradas. Ya no importaba si había dejado la Universidad y estaba trabajando. Cada veinticuatro de diciembre debíamos sentarnos a cenar todos juntos, mis padres, mi hermano y yo. Ahora la cosa había cambiado mucho. Mi permanencia iba a ser prolongada, aunque no sabía cuánto. Era muy difícil proyectarlo, en general me cuesta pensar las cosas a largo plazo, y una profesión como la mía no ayuda mucho en cuanto a planificaciones.

En poco más de seis meses me quedé sin trabajo y sin pareja. Una cosa tuvo que ver con la otra, aunque no tengo claro cuál fue la causa y cuál el efecto. Ninguna de las dos me las tomé con sorpresa y miento si digo que no las vi venir. Mi padre sostiene que, de lamentarse mucho, uno termina llamando a las desgracias. Eso

mismo afirmó mi novia cuando terminamos. Mi jefe, en cambio, no dijo nada cuando me despidió.

Quise encarar todo con algo de optimismo y me dio resultado, pero a los pocos días caí en la cuenta de que la cosa no iba a ser fácil. En un primer momento pensé probar como independiente y me tracé algunos proyectos, a corto y medio plazo, que nunca dieron frutos. La respuesta era siempre la misma: «Estamos en etapa de proyecto, por ahora no hay dinero; pero si sale, ya sabes.» Al principio lo entendí, pero después ya no. Tenía que pagar un arriendo y ahí no caben excusas. Mis ganas de quedarme en Santiago eran el sustento de mi porfía, por eso aguanté tanto en acudir a mis padres. Me daba vergüenza volver. Hacía más de veinte años que, según yo, me había despedido para siempre del pueblo. Lo hice con esa arrogancia estúpida que se tiene cuando aún no se sabe nada de la vida. Lo prometí con un aire de desdén y suficiencia que hoy me avergüenza. En general, me pasa con muchas de las cosas que dije e hice en esos momentos. A veces agradezco que las redes sociales aparecieran después, cuando ya controlaba la brusquedad de mis palabras.

¡Cuánto blasfemaste de tu pueblo, de tus amigos, de tu gente! Te avergonzaban. El provinciano que quiere dejar de serlo, eso fuiste, lo sigues siendo. Con tu familia no. Nunca la repudiaste porque nunca te atreviste; únicamente por eso. Ahora regresas y te vas a tener que tragar cada uno de tus juicios.

El recuerdo de una adolescencia bocona seguía en mi mente, y aquello me frenaba para regresar. En San-



tiago, cesante, ya no podía quedarme más tiempo. Sin dinero, la cosa no funciona. Me retenía, solamente, la espera de la respuesta a un trabajo al cual me presenté, pero no era más que tozudez. Negarme a dejar el lugar donde me gustaba vivir. El puesto era el de editor de un programa radial. Pagaban bastante más que en cualquier otro empleo que haya tenido nunca y, según me explicaron, el seleccionado firmaría un contrato por tres meses que, salvo que se mandara alguna cagada, pasaría a indefinido automáticamente. Era mucho más de lo que había imaginado y, por tanto, poco probable. No fue una convocatoria pública; me enteré de oídas que había renunciado el anterior jefe y se abría la plaza. Postulé entonces sin contactos ni recomendaciones, sólo empujado por el ánimo y la necesidad. No me equivoqué. Ascendieron al subeditor y fueron corriendo los puestos en la misma cadena. Ni siquiera contrataron a un periodista para suplir la vacante que había surgido con los ascensos. Tampoco se molestaron en avisarme de que no había quedado. Santiago, con todo su encanto, se cerraba para mí. Así de simple.

«Volver» es de aquellas palabras fuertes. En literatura, en el cine, en las canciones. Es de los tópicos trascendentes. El retorno puede ser triunfal o un soberano fracaso. Me acordaba de Odiseo y de la dupla Gardel-Le Pera, de las canciones sobre el exilio. Mi vuelta no tenía nada de emotivo, nadie me esperaba. Quizás mis padres, pero desde una óptica distinta; lo hacían con preocupación. Pensando en ello, preparé mi regreso con poco tiempo. Tampoco fue mucho lo que tuve que embalar.

Casi todo lo repartí entre casas de amigos y conocidos, con el compromiso de que me lo devolverían cuando retornara. Solamente me llevé, además de la ropa y algunos utensilios, mi computador, los discos de música y un par de libros cuya lectura había postergado. Cargué también unos posters y algunos adornos. Todo cabía en mi auto y aún quedaba espacio. En la carretera hacia el sur pasé a comprar unas cajas de vinos que luego vendí entre los amigos de mis padres. Así tuve dinero para hacer los regalos de Navidad y sentirme, aunque sólo fuera por un par de días, como un pequeño empresario. Fue tan curioso que mi padre me felicitó. Dijo que siempre se comenzaba por algo, que no había que tener miedo a emprender, que la comodidad de esperar un sueldo hacía que uno perdiera ambición. Citó como ejemplo a esas personalidades que escriben libros con sus secretos. Le encantan las biografías de sujetos como Steve Jobs, Warren Buffett o Ingvar Kamprad. A ellos sumaba Marcelo Bielsa o Stephen Hawking. En mi casa abundan libros de tapas duras y lomos brillantes.

Yo no decía nada. ¿Qué podía responder si con más de cuarenta años me acogía de nuevo en su casa, empleándome como el asesor que no necesitaba? Hubiese sido tonto llevarle la contra. Me limitaba a asentir y agradecer las recomendaciones que había hecho de mis productos entre sus amigos. En una tarde había vendido todas las botellas. «Ya viene Navidad, ¿no se le ocurrió comprar más cajas?», fue la observación de mi hermano cuando mi madre le comentó el hecho. No lo dijo como insulto, pero a mí me sonó así. A veces siento que le parecen

mal muchas de las cosas que hago, temo sus opiniones. Me reprocha que no actúe como un adulto, sino como el hijo chico que preocupa a sus padres. Mi madre dice que no es así, que, debido a las circunstancias, lo veo todo de forma pesimista: «Lo de tu retorno fue idea nuestra, lo veníamos analizando desde hacía tiempo con tu papá pero no nos atrevíamos a ofrecértelo por miedo a que te ofendieras.» No saben mentir.

El trabajo dignifica al hombre. Mentira. Lo que dignifica al hombre es el dinero. Sin dinero no hay dignidad. Esa frase quizás la podría haber escrito en Twitter a los dieciocho años, pero en esos momentos las redes sociales no existían. Menos mal. Ni siquiera tenía correo electrónico. No había Internet en aquella época, nadie que recuerde lo tuvo en su casa. Las noticias las veía en televisión o en el diario a la mañana siguiente. No existían ni siquiera portales de prensa en aquella época. Suena muy lejano ahora, pero no han pasado más de veinticinco años; más o menos el mismo tiempo en que salí de Arauco maldiciendo mi pueblo. Hoy, ya con Internet, vuelvo a mi casa. Es paradójico, esas mismas redes sociales son las que hoy nos tienen sin trabajo a un grupo inmenso de periodistas. Por lo menos, eso fue lo que dijeron al despedirme: que el negocio ya no es rentable, que ya nadie quiere pagar, que ahora lo mismo se puede hacer más barato y sin tanta gente. No tardará en surgir un neoludismo entre diseñadores, periodistas y audiovisuales. Pensaba en ello mientras conducía por la Panamericana y me imaginaba quemando el gran disco duro del mundo.

El camino lo hice lentamente, como si se tratara de un paseo. Salí de Santiago temprano por la mañana. Esos últimos días me había quedado en casa de una amiga con quien nos convertimos en amantes por los seis días que me hospedó. Yo no lo hubiera imaginado, ella tampoco. Por lo menos eso dijo, aunque me quedaron ciertas dudas. Realmente espero que haya sido así, si no hubiera sido una suerte de cafiche por una semana. Supe al poco tiempo que se había emparejado, lo que me alivió bastante. A veces siento, y mi familia y amigos me lo recuerdan siempre, que me tomo muy en serio todo. Que busco segundas lecturas a temas que no la tienen. Yo lo achaco a inseguridad; ellos, a mi egocentrismo.

Conducía pensando en aquella semana de convivencia donde fui una especie de «dueño de casa». Ella se levantaba temprano para irse a trabajar y yo, desde ese mismo minuto, quedaba desocupado. Encendía mi computador y me ponía a revisar las mismas páginas de siempre. Abría el correo electrónico y... nada. Luego noticias, ofertas de trabajo, mensajes, solitario online, YouTube.

Después limpiaba la casa y me iba a dar una vuelta. Por la tarde volvía y cocinaba algo para los dos. Cenábamos, veíamos alguna película y nos íbamos a la cama. Yo tenía una habitación asignada, pero como las películas eran en su dormitorio terminaba durmiendo ahí. «Una cosa llevó a la otra», dijo cuándo despertamos la primera vez.

Nos despedimos como los grandes amigos que éramos, lo que me desilusionó un poco. Yo no tenía ganas

de enrollarme con ella, pero me decepcionó que ella conmigo tampoco. Creo que me vino esa idea a la cabeza una vez cruzado Rancagua, pero ya en San Fernando me reía y pensaba que era orgullo de macho herido. La llamé por teléfono y me di cuenta de que mis amigos tenían razón. Me preguntó si me había pasado algo, y le dije que no, que sólo lo hacía para saludar. Dijo que estaba ocupada y que me llamaría en diez minutos, cosa que, obviamente, no hizo. A veces necesito signos explícitos para darme cuenta de todo.

Mi viaje no fue alegre, aunque tampoco triste. Era una sensación extraña, como de suspensión. Sentía el fracaso en mí y, claro, lo extrapolaba a todo en mi vida. Mis relaciones de pareja, mi trabajo, mi propio desarrollo profesional, mi rol como hijo y hermano, mi calidad como chófer al conducir. No me había dado cuenta y lo hacía por la pista izquierda dificultando que me adelantaran. Sólo unas bocinas que apenas oí me hicieron volver al carril correcto. Cuando una emoción invade, lo tiñe todo. Cada uno de nuestros actos pasan por ella, como si fuera un conducto único, un concepto que sirve para explicarlo todo. Necesitaba sentir un poco de lástima por mí mismo y la sensación de fracaso daba el pretexto perfecto.

Cada cierto trecho me llamaba mi madre para preguntar por dónde iba. Le dije que recién por San Javier, que me detendría a comprar vinos y si necesitaba alguna cosa. Me dijo que nada, que sólo quería saber la hora por si me tenían que esperar para almorzar. Respondí que no, que pensaba llegar por la tarde. Había quedado

de entrar a Concepción para saludar a unos colegas y dejarles mi currículum personalmente. Además, tenía pensado quedarme un rato en San Pedro para ver a mi sobrino. Cuando nos despedimos dijo que manejara con cuidado, lo que no dejó de enternecerme.

Arauco. De vuelta a mi pueblo. Cuando me fui no había semáforos, apenas dos o tres bares, ninguna librería y el alcalde, un socialista que había sido compañero de colegio de mi papá. Ahora había semáforos, varios restaurantes y pubs, un instituto de educación superior, ninguna librería y el mismo alcalde. En poco más de veinte años había cambiado mucho y nada a la vez. Yo mismo era distinto. Me miraba en el retrovisor. El pelo, con mis cuarenta, casi blanco. Ojeras y arrugas que no me agradaban nada. No me gusta verme en el espejo.

Mi ciudad tampoco me gustaba y entendía que aquello no iba a cambiar. No me gustan los pueblos, ni si siquiera para vacaciones. La población había aumentado, aunque no exageradamente. El comercio sí que había crecido, de eso se daba cuenta cualquiera. La gente lo señalaba con orgullo, sin darse cuenta de que era lo mínimo que podía pasar en más de dos décadas.

Las quejas, tal cual: iban por la repetición de los mismos problemas que en cualquier otra parte de Chile. Se trataba básicamente de las pautas de noticieros y matinales de la televisión: delincuencia e inseguridad. Gente que se lamentaba de que el pueblo había cambiado mucho, de que ya no se podía caminar tranquilo de noche. Lo decían así, como dándole una relevancia para que quien lo oyera pensara que estábamos en el

Medellín de los noventa. Que había que poner alarmas, que faltaban carabineros en las calles, que ya no era el Arauco de antes. Me parecía tan ridículo aquello de «el Arauco de antes». Yo recuerdo un pueblo aburrido, provinciano, como el que más, y clasista, con esa crueldad que sólo saben tener los lugares pequeños. En general, no veía nada muy positivo en aquel entonces. Por eso me fui sin pena, casi con urgencia.

Por medio de conversaciones con mi familia y amigos, cada vez que visitaba la ciudad me enteraba de algunos robos que, relatados por ellos, adquirirían una espectacularidad que dudo que poseyeran. Me contaron también de un par de homicidios que aparecieron en medios de cobertura nacional. Eran los mismos casos que venía conociendo desde niño y que tienen, sin sorpresa, el motivo de siempre. Se repite la historia desde que el hombre es hombre. Crímenes machistas, esos que antes llamábamos pasionales y que, por lo menos, hoy causan una alarma que antes no. En los últimos años se habían producido dos en Arauco y a ellos se les sumaba algún borracho que terminaba sus días por una puñalada o un botellazo en la cabeza. «Nunca faltan encontrones cuando el pobre se divierte», decía Martín Fierro. En más de veinte años no había pasado nada a lo que no estuviéramos acostumbrados: delitos de países con alto nivel de consumo de alcohol y machismo a flor de piel.

Nada que pudiera darnos de qué hablar en una reunión. Ningún evento que nos entretuviera elucubrando hipótesis y teorías al calor del chisme, regalando tema de conversación a un par de *piscolas*. En casi tres décadas

no había sucedido ningún crimen que quedara en la memoria de nadie, nada que hiciera sospechar a unos y otros y que, tras las conclusiones oficiales, hiciera callar de vergüenza a muchos. Arauco no tenía nada épico que contar. En la Universidad, en esos derroches de sapiencia de algunos profesores, nos enseñaban que si un perro mordía a una persona no constituía noticia, y que si en cambio pasaba al revés sí lo era. Así de ridículo. En Arauco no pasaba ni uno ni lo otro, sólo perros que ladraban y no mordían. Literal y figuradamente. Nada que desvelara al pueblo. Ninguna historia que llamara, por igual, a la lástima y a la burla.

Nada, desde la desaparición del viejo Martínez.





Fue en mil novecientos noventa y cinco, tenía diecisiete años y me quedaba uno y medio para terminar el colegio. Tras ello, debía partir a Santiago para estudiar en la Universidad. Aquello significaba abandonar Arauco para siempre. Contaba los días.

Tengo aún grabado su rostro. No el real, sino el de aquella imagen que colgaba en cada poste de luz y en todos los negocios del pueblo. También en la ferretería de mi padre. Eran fotocopias que iban perdiendo la nitidez que pudo haber tenido la fotografía original. Ahora se trataba de una mancha redonda y oscura donde apenas se adivinaba la cara del viejo. De poco hubiera servido una reproducción más clara. A esa edad, con aquel peinado y ese bigote característico, todas las personas se parecen demasiado. El sello particular de Martínez lo daba su fedora azul, de ala estrecha, que nunca se quitaba. Mi abuelo decía que un caballero antiguo debía sacarse el sombrero para entrar a cualquier sitio; una casa, la iglesia, la ferretería. Martínez, no. Hay

bastante diferencia entre ser antiguo y viejo, decían mi abuelo y mi padre. Martínez era solamente lo segundo.

En mi familia abundan aquellos juicios lapidarios. Los oí en mi abuelo, en mi padre y en mi hermano. Supongo que yo también los hago. Más de una novia me acusó de implacable en mis comentarios. Yo contestaba con soberbia, como si aquello fuera una virtud y la equivocada fuera ella. «No escupas al cielo», me respondía. Y yo me hacía el ofendido. Implacable y dramático, ésas eran las características que más me achacaban.

En aquel poster hecho a mano, bajo un «desaparecido» trazado con gruesas letras mayúsculas, se veía la única foto donde el viejo aparecía con la cabeza desnuda. Se la habían tomado para la cédula de identidad, cuatro años antes de que lo mataran. No conozco a nadie que se parezca a su carnet y Martínez no fue la excepción. Aquella oscura imagen, casi indescifrable, ocupaba la mitad de la página. Era el esbozo de una sombra, como si se hubiera hecho con esténcil. Las líneas de tinta hacían desaparecer las arrugas en aquel rostro cortado por la mancha de un fino bigote y la corona de una calvicie de años. Bajo su imagen, «Manuel Martínez, 82 años»; y con letras más pequeñas, una dirección y los números telefónicos de los carabineros, la radio y Eliana.

Fue ella quien se encargó de pegar los carteles buscando a su padre. Yo mismo recibí de sus manos el que llevó hasta la ferretería y que, tras marcharse, me encargué de colgar en la caja para que quienes entraran al negocio lo vieran. Aquella tarde de noviembre, como siempre apenas salía del colegio, había pasado a la ferretería

para saludar a mis padres. Fue cruzar la puerta para darme cuenta de que venía detrás mío. Cogí de sus manos el papel enrollado y obtuve un beso en la mejilla y una palmada en el hombro de agradecimiento. Me dio mucha tristeza y sólo supe balbucear un «Eliana, mucha suerte» que apenas oyó. Mi papá, que estaba a pocos metros, se acercó para también estrechar su mano y desearle un «que todo salga bien» que sonó solemne pero, más aún, pesimista. Mi madre, cuando estuvimos en casa, lo corrigió. Él se defendió diciendo que fue espontáneo, que no se dio cuenta.

La fotocopia estuvo colgada ahí casi una semana y yo mismo fui quien la quitó cuando al viejo lo encontraron muerto en un camino forestal cerca de Carampangue. Fue la noticia de la semana, ya lo venía siendo desde su desaparición, sólo que ahora la gente se sentía libre de dar rienda suelta a distintas teorías, a pesar de que el cuerpo aún no había sido sepultado.

Aquel año fue algo movido. A las clásicas noticias de robo de animales, incendios forestales y algún accidente fatal en la ruta a Concepción, se sumó otro homicidio en mi pueblo. ¡Dos muertes violentas en poco menos de cuatro meses!

La historia no tuvo mayor misterio: un hombre, de poco más de cincuenta años, muerto de un hachazo en el cabeza propinado por su mujer. Siempre se supo que el tipo le sacaba la chucha desde que se casaron y que, ella, en más de una ocasión, terminó en el hospital con diversas fracturas. Eso, hasta que una tarde, mientras dormía borracho, le cobró todas las palizas adeudadas.

Fue un solo golpe, pero dado con tanta precisión y fuerza que le causó la muerte instantáneamente.

Todos nos sorprendimos por lo certero y duro del corte. Ella era de baja estatura y complexión pequeña. Entre los rumores se sostenía que era imposible que una mujer de esas características pudiera partirle la cabeza a alguien. Que se necesitaba mucha más fuerza, necesariamente la de un hombre.

—Aquí la gente usa leña desde siempre —decía mi papá, contradiciéndolos—. Cualquiera persona sabe usar un hacha de toda la vida. No hay nada de qué extrañarse.

Tenía razón. Cientos de veces vi a mujeres partir troncos, bastante más gruesos que el cráneo humano, de un solo golpe. Yo mismo, de niño, supe dirigir el acero con la propia fuerza de la caída de éste. No me lo enseñó ni un leñador ni alguien del campo. Lo hizo mi mamá, y ella nunca ha sido una mujer ruda.

A la Lizzie Borden araucana le dieron varios años. El informe pericial hablaba del «desamparo» de la víctima a la hora del «ataque», lo cual «no hacía más de demostrar la indefensión del sujeto y descartar una improbable agresión anterior». De nada sirvió que a ella la detuvieran con un ojo en tinta, la nariz partida y la boca aún sangrando de los golpes que él le había dado previamente. Era homicidio culposo, u homicidio agravado, no recuerdo el rótulo, pero sí de que la llamaron asesina en el noticiario regional. De cualquier manera, fueron aplazando la condena mediante informes psiquiátricos que sus propios hijos presentaban. Ellos habían sido testigos de toda una

historia de malos tratos. Finalmente, nunca estuvo en prisión, sino que cumplió la pena en casa y, a los pocos meses, se convirtió en pastora evangélica. Sus vecinos estaban felices, es más, no tardó mucho en encontrar nueva pareja, con quien se puso a vivir en la misma casa donde todo había ocurrido. El muerto quedó en el olvido y el nuevo compañero, un tipo que había sido alcohólico y a quien conoció en el «templo», se convirtió en un hombre querido y respetado por todos, aunque al poco tiempo le habían cargado una infinidad de apodosos y era blanco de chistes cada vez más crueles. Decían que dejó de beber, no por la iglesia, sino que por «miedo al *hachazo*».

El caso de Martínez aconteció solamente un par de meses después, lo que, obviamente, en un pueblo como el mío generó comentarios e hipótesis de todo tipo. Que Arauco ya no era el mismo, que la inseguridad se había disparado, que ya no se podía vivir tan tranquilo como antes. Un concejal que preparaba su campaña para alcalde se atrevió a decir que, en comparación con el año anterior, «los homicidios y asesinatos», usó esa expresión, se habían «encumbrado en un doscientos por ciento». No dejaba de ser verdad, en el noventa y cuatro no hubo ninguno, pero, de cualquier forma, era una soberana estupidez. El tipo estuvo a punto de ganar las elecciones, pero un lio de faldas poco antes de las votaciones lo obligó a renunciar. No fue nada especial, sólo un triángulo amoroso con la mujer del tesorero municipal, pero eso bastó para que le dieran una paliza y el partido le expulsara. Por ese año ni siquiera había

ley de divorcio en el país y los puritanos predicaban con la pichula en la mano.

La policía también despachó frases de ese tono, llamando a «la calma a la población», con la grandilocuencia de quienes se encuentran de un día para otro con algo de acción. El detective a cargo, Rodrigo Plaza, en una entrevista para la radio, con el principal sospechoso del caso Martínez confeso y la del hachazo procesada, habló de una efectividad investigativa del cien por cien.

El caso del viejo nos tuvo en vilo toda una semana. Nunca antes había desaparecido nadie en el pueblo. Un «desaparecido en democracia», decían algunos, como dejando la frase volando. «Falta que se les ocurra echarle la culpa a Pinochet», escuché, en una broma que provocaba carcajadas. Todo aún tenía que ver con pinochetistas y no pinochetistas. Tengo varias imágenes grabadas de aquella época. Frases que se decían con esa prepotencia que en los pueblos pequeños abunda, como si existiera un orden que nunca fuera a cambiar. A fin de cuentas, era la reproducción en miniatura de lo que pasaba en el país.

En varios días no se habló más que de ello. Se organizaron cuadrillas para buscar por distintos lugares. Eliana las coordinaba. «No descartamos ninguna hipótesis», decía, repitiendo lo que tantas veces había oído en los noticiarios. Yo mismo, con un par de amigos, estuvimos dando vueltas por los bosques de la playa por si encontrábamos algo. Obviamente, nada, aunque hicimos más de un intento de excavaciones donde creíamos ver tierra removida. En una, sí: un perro muerto que alguien

## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*



15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*
26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*
29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*

30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall  
*Epistolario*
36. Juan Bautista Durán  
*Tantas cosas dicen*
37. Rosa Chacel  
*La confesión*
38. Rosario Izquierdo  
*Lejana y rosa*
39. Flavia Company  
*Dame placer*
40. Esmeralda Berbel  
*Habitarlo todo* seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González  
*Un nublao de tiniebla y pedernal*
42. Flavia Company  
*La dimensión del deseo por metros cuadrados*
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,  
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel  
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista  
Durán

*De la solastalgia*  
*ocho relatos naturales*

44. Andrea Mayo  
*La planta carnívora*
45. Ricardo Martínez Llorca  
*El viento y la semilla*
46. Valentina Marchant  
*El reverso del agua*
47. Juan Manuel Zurita Soto  
*Arauco*

Un crimen acaecido hace casi treinta años despierta el interés del protagonista de esta novela, un periodista desempleado que ha de volver al hogar de su infancia, Arauco. Los personajes del pueblo, las relaciones familiares y sus propios prejuicios lo encaminarán a ir descubriendo las entretelas de aquel olvidado crimen. «Mi viaje no fue alegre, aunque tampoco triste. Era una sensación extraña, como de suspensión. Sentía el fracaso en mí y, claro, lo extrapolaba a todo en mi vida.» Cuanto pensó o pudo haber dicho adquiere ahora un nuevo sentido, ante las dos crisis a las que debe hacer frente: la de la mediana edad y la de su profesión. Ambas dan pie y entretejen la investigación del único suceso que en décadas tuvo lugar en Arauco, dotando a la novela del misterio y la tensión propios del relato policial. Juan Manuel Zurita Soto nos muestra además la vida postergada de provincias, donde el clasismo y los rumores son el soporte sobre el que el pueblo crea su propio mito.



Ocho años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2022